

# **DOMINIQUE LAPIERRE**

# **ÉRASE UNA VEZ LA URSS**

**Traducción de Carmen de Celis**

**Fotografías de Jean-Pierre Pedrazzini / Paris Match  
y Dominique Lapierre**

 **Planeta**



DEL MISMO AUTOR:

*La Ciudad de la Alegría*

*Los héroes de la Ciudad de la Alegría*

*Más grandes que el amor*

*Mil soles*

*Un dólar cada mil kilómetros*

*Luna de miel alrededor del mundo*

CON LARRY COLLINS:

*¿Arde París?*

*... O llevarás luto por mí*

*Oh, Jerusalén*

*Esta noche, la libertad*

*El quinto jinete*

CON LA COLABORACIÓN DE JAVIER MORO:

*Era medianoche en Bhopal*



*A Jean-Pierre Pedrazzini, a Larry Collins  
y a Slava Petujov, en recuerdo  
de los días felices de nuestra juventud*



## *Nota para el lector*

Este relato no pretende en modo alguno bosquejar un retrato exhaustivo de la Unión Soviética inmediatamente después de la denuncia efectuada por Jruschov de los crímenes cometidos por Stalin. Tampoco pretende aportar revelaciones decisivas sobre la vida de la época al otro lado del Telón de Acero. Su único objetivo es distraer al lector refiriéndole el prodigioso viaje que Jean-Pierre Pedrazzini y yo, acompañados de nuestras respectivas esposas y de un joven matrimonio de periodistas rusos, llevamos a cabo en automóvil por las carreteras soviéticas, milagrosamente abiertas a nuestra curiosidad por el propio Jruschov.

Ninguna opción política guió nuestros pasos ni las entrevistas que hicimos. Nunca nos planteamos la cuestión de si nos gustaban o no Rusia y su régimen. Estas páginas narran con absoluta objetividad la vida de los ciudadanos rusos que nos recibieron con las puertas abiertas, espontáneamente, a lo largo de trece mil kilómetros de carreteras que no pertenecían ni al infierno ni al paraíso, sino a la historia de los hombres.

D. L.

*Ramatuelle, primavera de 2005.*





**Nikita Jruschov: «Sus esposas pedirán el divorcio al cabo de quince días»**

La niebla es tan espesa que ni siquiera distinguimos ya el extremo del capó del Jaguar. El reportaje que llevamos a *Paris Match* esta noche de invierno de 1956 es muy modesto. Cuenta el viaje al cementerio de su aldea del Périgord de un héroe de la Resistencia que, en el ocaso de la vida, había trocado su uniforme de general por la sotana de un humilde párroco rural. Nuestra profesión nunca deja de recordarnos que no hay pequeñas ni grandes historias, sino solamente historias y periodistas más o menos inspirados. Aprovecho el mar de algodón que nos aprisiona en el habitáculo del coche para dejar correr libremente la imaginación. Siempre me han encantado los relatos de las grandes aventuras en automóvil. La Croisière Jaune, la carrera Alaska-Tierra del Fuego, la expedición París-Tombuctú-El Cabo... Entre los libros que han iluminado mi adolescencia se encuentra el relato de la fantástica carrera llevada a cabo justamente antes de la guerra por dos jefes *scouts* franceses llamados Guy de Larigaudie y Roger Drapier. Hasta entonces nadie había conseguido ir en coche de París a Saigón, en Indochina, atra-

vesando los deltas del Ganges y del Brahmaputra, y las montañas de Birmania. París, Constantinopla, Jerusalén, Damasco, los desiertos de Siria y de Iraq, las altiplanicies de Afganistán, la gran ruta de las Indias... Había terminado por saber de memoria las proezas que relata Lari-gaudie en su libro *La ruta a las aventuras*. Ninguna de ellas ha dejado de enardecer mi imaginación.

—¿Y si proponemos a *Match* dedicar nuestras próximas vacaciones a atravesar China en automóvil? ¡Con nuestras esposas y un surtido de pequeñas torres Eiffel y muestras de perfume! ¡Menudo reportaje! En Occidente, nadie ha visto a los chinos en persona.

El muchacho al que expongo el fruto de mis pensamientos está a punto de dar un bandazo con su flamante XK140 en la capa algodonosa. Se llama Jean-Pierre Pedrazzini. Es dos años mayor que yo; tiene veintisiete. Con su perfil de dios griego, su elevada estatura, su pelambarrera en desorden y su inseparable trinchera, se parece a Mermoz, el famoso aviador francés vencedor del Atlántico sur. Desde que *Paris Match* publicó las fotos de la salvaje agresión de la que fue víctima por parte del cuerpo de guardia de la princesa Margarita en una playa del Caribe, goza de una aura especial entre los reporteros de las revistas ilustradas internacionales. De hecho, Pedra —así lo llaman en el periódico— debe su popularidad a su coraje y a su valía profesional. Sus fotografías, tomadas de manera arriesgada en la mayoría de los puntos conflictivos del planeta, han contribuido en gran medida a configurar la imagen de *Match* como gran revista ilustrada de actualidad. Cuando la legendaria silueta de Pedrazzini aparece

«repentinamente», la competencia se moviliza. Si Pedra está allí, seguro que el asunto merece la pena.

En cuanto entré en *Match*, me di cuenta de que quería formar equipo con aquel demonio de fotógrafo. Era una pretensión excesiva: todos los reporteros de la casa intentaban hacer lo mismo. Un reportaje es en principio el resultado de un trabajo en equipo. Una buena química entre el reportero y su fotógrafo es siempre una garantía de éxito.

—¿Por qué no pedirles a *Match* que nos envíen a la luna? —pregunta Jean-Pierre riendo a carcajadas, sorprendido por mi despropósito—. ¿Cómo puedes imaginar ni durante un segundo que los chinos querrán abrir sus puertas a cuatro turistas capitalistas que viajan en coche? En primer lugar, ni siquiera hay carreteras en China. Habría que disponer de un todoterreno, y además...

La reacción de mi compañero no sólo no frena mi entusiasmo, sino que me estimula.

—Quizá podríamos encontrar en algún chatarrero de Hong Kong un viejo *command car* del ejército de Estados Unidos. Con ese tipo de vehículo, no necesitamos carreteras.

—¿Conoces a alguien que lo haya intentado? —pregunta Jean-Pierre.

—Sí. A los de la *Croisière Jaune*. Fueron de París a Pekín, y desmontaban los coches cuando se encontraban con montañas infranqueables o con ríos sin puente.

Jean-Pierre se echa a reír.

—Eso era hace veinticinco años. Después, Mao se ha apoderado de China.

—¿Y si intentamos entonces la aventura en Rusia? Quizá sería más fácil...

Jean-Pierre frunció el entrecejo.

—¿Te acuerdas del valiente dentista de Chicago que intentó entrar en la URSS desde Finlandia con el coche lleno de medicamentos? —respondió—. En seguida lo atraparon los rusos, que reexpidieron su cacharro hacia Helsinki en un vagón de mercancías.

Seducido por mi sueño, no entiendo las objeciones de mi compañero.

—Jean-Pierre, imagina que pudiéramos seguir la ruta de Napoleón hacia Moscú, atravesar Ucrania, dormir en un koljós, vivir en casa de un ferroviario en Minsk, de una dependienta de unos grandes almacenes en Stalingrado y de un médico en Tiflis, montar la tienda en el Cáucaso, pescar esturiones con los pescadores del Volga, tostarnos al sol en Yalta... Imagina que tus fotos y mis relatos descubren de repente con absoluta objetividad la vida de los rusos que nos reciben con las puertas abiertas, espontáneamente, a lo largo de miles de kilómetros que no pertenecen ni al infierno ni al paraíso, sino a la historia de los hombres.

—¿Por qué iban a dejarnos ver los rusos todo lo que tratan obstinadamente de ocultar detrás de un telón de acero? —replica Jean-Pierre con pesar.

Ante esta insoslayable lógica, intento bromear:

—¿Crees que nuestras esposas estarían dispuestas a compartir los riesgos e incomodidades de una expedición a través de China o de Rusia?

La pregunta es pertinente ya que la revista femeni-

na *Marie Claire* podría unirse entonces a un proyecto como éste.

A modo de viaje de novios, acabo de embarcar a mi esposa en una vuelta al mundo sin dinero. He descubierto que la presencia de una compañera sedienta de descubrimientos puede enriquecer notablemente una experiencia. Jean-Pierre también acaba de casarse.

—Mi experiencia viajera con Annie se limita por el momento a una vuelta hasta Saint-Tropez, con dos bonitos pinchazos en la Nacional 7 —confiesa—. Hay que felicitar a mi mujer por su habilidad en utilizar el gato.

Nos echamos a reír. Me imagino nuestro coche averiado en las montañas de Yunnan o en la carretera de Rostov del Don.

—¿Y su carácter? ¿No crees que se atreverían a tirarse de los pelos ante el menor problema?

—¡Quién sabe! Un brusco ataque de celos, reglas dolorosas... Con las mujeres no se puede prever nunca nada.

La clarividencia de mi compañero me fascina. Más aún cuando subraya sus palabras con volantazos de una rara destreza.

Un repentino boquete en la niebla hace aparecer un cartel. Leo «PARÍS. Puerta de Orleans». ¿Tendría algún día la suerte de ver en ideogramas o en letras cirílicas el nombre de Pekín o de Brest-Litovsk?

Para convencer a rusos y chinos de nuestras buenas intenciones, me apresuro a preparar un informe, que lle-

vo en seguida a las dos embajadas de París. El chino lleno de granos que me recibe finalmente detrás de las verjas de la representación pequinesa casi se atraganta al conocer nuestro proyecto. Sin embargo, envuelvo la presentación con todas las garantías posibles. Incluso le explico nuestro deseo de invitar a una joven pareja de periodistas chinos a acompañarnos a lo largo de nuestro itinerario y a venir después a Francia para realizar un reportaje similar sobre los franceses. Y en seguida comprendo que mi solicitud no se corresponde con ningún esquema del cerebro programado de este humilde burócrata del país de Mao. La generosa época de la Croisière Jaune no ha dejado huella en las mentalidades.

La acogida en la embajada soviética de la Rue de Grenelle apenas es más esperanzadora. Temo durante un instante ser percibido como un provocador. «¿Recorrer Rusia en coche para conocer al pueblo ruso? Es imposible, camarada periodista. Los viajes individuales de extranjeros no están autorizados en la Unión Soviética.» Mi corta experiencia en el oficio me ha enseñado a no dar jamás un «*Niet*» por definitivo. Pongo de manifiesto nuestra propuesta de invitar a un joven matrimonio de colegas soviéticos a acompañarnos y luego a venir a Francia. Sin embargo, esta generosidad parece que más bien agrava nuestro caso. Abandono la Rue de Grenelle, desesperado.

Todos los expertos a los que he consultado me han prevenido: ni los rusos ni los chinos querrán mostrar la insuficiencia y el mal estado de su red de carreteras, la escasez de surtidores de gasolina y de garajes, la inexis-

tencia de infraestructuras hoteleras y la pobreza de las tierras cultivadas. Sobre todo, ni los unos ni los otros querrán favorecer el contacto de sus ciudadanos con extranjeros. El riesgo de contaminación sería demasiado grande. En resumen, al evaporarse nuestro bello sueño, orientamos las próximas vacaciones de verano hacia destinos más banales. Jean-Pierre reserva un velero en Cannes para explorar las costas de Córcega con su joven esposa. Yo, por mi parte, reservo dos caballos *quarter-horse* para compartir con Aliette la vida de los vaqueros de un rancho del Oeste americano.

Entonces, un despacho de agencia procedente de Moscú reanima repentinamente nuestras esperanzas. Nikita Jruschov, el primer secretario del Partido Comunista soviético, acaba de pronunciar a puerta cerrada, ante el XX Congreso del partido, una violenta requisitoria denunciando los crímenes de Stalin. Se trata de cuarenta y tres corrosivas páginas en las que acusa al ex padre del pueblo de haber aniquilado sin motivo a miles de oficiales, de ser responsable de la catástrofe militar de 1941 y de haber caído al final de su vida en una auténtica locura sanguinaria. El asunto tiene una gran repercusión. Los soviólogos que consultamos son categóricos: ese discurso probablemente anuncia un cambio espectacular en las relaciones entre Moscú y los países del Telón de Acero y, más allá, entre el Este y el Oeste. Es el nacimiento de la desestalinización.

Me precipito a la Rue de Grenelle para intentar averiguar si no tenemos alguna oportunidad de beneficiarnos de ese seísmo. La respuesta sigue siendo «*Niet*». Para

acallar mi decepción, escojo el más bello papel con el membrete de *Paris Match* y decido dirigirme directamente a Jruschov. Soy consciente de mi extrema ingenuidad, pero ¿quién sabe? Al hombre que ha denunciado los crímenes de Stalin quizá lo conmueva que cuatro jóvenes franceses tengan enormes deseos de descubrir libremente su país. Decido enviar sin más la carta al Kremlin. Los carteros de Moscú sabrán la dirección exacta del *tovarich* Nikita.

—¿Has pensado en incluir un sello para la respuesta?  
—pregunta, irónicamente, Jean-Pierre, al que mi perseverancia llena de admiración.

Al alejarnos con frecuencia de París, la actualidad trepidante de esta primavera de 1956 nos ayuda a soportar la espera. Cada vez que regreso, corro a asediar las embajadas rusa y china hasta ser menospreciado por todo el personal diplomático. Entonces, una breve noticia recibida en el teletipo de *Match* me hace dar brincos de alegría. El ex presidente de la República francesa, Vincent Auriol, va a trasladarse con su esposa a Moscú invitado por el mariscal Bulganin, presidente del Consejo de Ministros de la URSS. Durante la visita, habrá un encuentro informal con los principales dirigentes soviéticos y viajarán por varias regiones del país. Exultante, llamo a Jean-Pierre.

—Es posible que tengas que cancelar el velero por Córcega. Vincent Auriol va a Moscú. *Match* está de acuerdo en enviarnos para cubrir la visita. Se entrevistará con Jruschov, Bulganin, Molótov y toda la flor y nata.



Jean-Pierre se queda sin habla. Dos días después, nos recibe el ex presidente. El peso de los años no ha restado vivacidad a este popular personaje, jovial y afectuoso. Se muestra encantado de saber que vamos a acompañarlo a la URSS. Aprovecho para confesarle nuestras intenciones. Su reacción es el polo opuesto de todas las que hemos recibido.

—¡Los rusos saltarán de alegría! —dice, entusiasmado—. ¡Es una ocasión única para ellos de dar a conocer su país y mostrar que no tienen nada que ocultar!

Esto nos alegra el corazón, sobre todo cuando se ofrece espontáneamente como defensor de nuestro proyecto ante las altas autoridades con las que va a reunirse.

¡Maravillosa hospitalidad rusa! Los rusos pasean en un bimotor especial a la pequeña delegación francesa, de la cual, afortunadamente, formamos parte. Contemplamos desde el esplendor exuberante de oro y cristal de los palacios del Kremlin hasta las profundidades abisales del metro de los trabajadores, desde las fábricas de camiones de los Urales hasta las ruinas todavía llenas de vida de Stalingrado, desde los koljoses cenagosos de Ucrania hasta los verdes viñedos de Georgia. En un carrito colocado en el pasillo central del avión, hay un cuenco desbordante de caviar con un cucharón de plata, unas tazas de porcelana y una botella de vodka escarchado. Al descubrir que la mítica expresión de degustar el caviar «a cucharadas» puede ser una realidad, Jean-Pierre y yo hacemos un honor más que razonable a esta

profusión. Probablemente nunca conseguiremos explorar la URSS saliéndonos de la carretera, pero, al menos, la habremos atravesado en las alturas saciándonos hasta el hastío de este sublime maná de pequeños granos plateados.

Nada escapa a la pícara mirada del anciano al que acompañamos. Se interesa por todo: los salarios, las vacaciones, las ventajas sociales...

—¿Cuánta leche dan sus vacas? —pregunta al director de un koljós.

—Doce litros.

El presidente francés se queda pensando y luego dice:

—Crúcenlas con razas holandesas. Aliméntenlas con remolacha. Doblarán la producción. —Y concluye riendo—: Si me quedara aquí seis meses, sería koljosiano de honor.

Todos los barones del régimen han venido a brindar, bajo los candelabros de cristal de la sala del trono del Kremlin, con el ex presidente francés Vincent Auriol y su esposa, Michèle, tocada con una elegante *chapka*, que ha comprado por la tarde en el departamento más distinguido del Goum, las Galerías Lafayette de Moscú. Es un milagro que nos cuesta creer: nosotros también formamos parte de la fiesta. Me pellizco el muslo para asegurarme de que soy yo quien está sentado en un sillón Luis XVI dorado frente al mariscal Bulganin, presidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética. Unos meses antes, durante la conferencia de paz de Ginebra,

había visto en carne y hueso a aquel hombrecillo canoso con aspecto de abuelo entrañable. Posaba al lado de Eisenhower, Anthony Eden y Edgar Faure en la terraza del Palacio de las Naciones para la foto histórica de la primera cumbre de la guerra fría. Una muralla de soldados suizos y de agentes de seguridad mantenía a los periodistas a distancia. Y hete aquí que hoy me encuentro a menos de dos metros del jefe del Estado soviético, con una copa de champán en la mano. El presidente francés, que ha descubierto mi emoción, interpela al mariscal:

—Camarada Bulganin —exclama—, le presento a Dominique Lapierre, uno de los mejores periodistas franceses. Y éste es Jean-Pierre Pedrazzini, uno de nuestros fotógrafos más importantes.

El rostro del ruso se ilumina con una sonrisa paternal. Nos coge la mano y la estrecha largo tiempo. Estoy en una nube. Pero lo mejor está por llegar.

Vincent Auriol nos lleva tras él. Por el rabillo del ojo acaba de divisar a la estrella de la velada, delante de las montañas de exquisitos embutidos y truchas ahumadas del bufet. No doy crédito a mis ojos. El tipo con el cráneo brillante que acaba de sacudir violentamente al comunismo mundial, derribando de su pedestal a Stalin, también participa en la fiesta. Pone enérgicamente una copa de champán en la mano de Auriol, después en la de Jean-Pierre y luego en la mía, y brinda vibrantemente por la amistad francosoviética. Parece imposible que estemos brindando con Nikita Jruschov, el primer secretario del Partido Comunista soviético, el número uno de un imperio que abarca una cuarta parte del planeta, el jefe

de una potencia termonuclear con la cual únicamente son capaces de competir los Estados Unidos de Eisenhower. Sí, nosotros, Jean-Pierre Pedrazzini y Dominique Lapierre, jóvenes reporteros franceses de veintisiete y veinticinco años respectivamente, estamos sorprendidos de poder chocar nuestras copas de champán con la de Jruschov, el antiguo pastor del Donetz al que Stalin había enviado al infierno de Stalingrado para sepultar allí a los ejércitos de Hitler; brindamos con el hombre que ha aplastado a Beria para alzarse a la cima suprema del poder. Me gustaría creer que brindo también con el que, inmediatamente después de su histórico discurso en el XX Congreso, desee dar un rostro más abierto a su país. ¿Y por qué nuestra expedición en automóvil no puede ser una de las primeras manifestaciones de ese cambio?

—*Dadna!* (1) —exclama alegremente Nikita Jruschov; acto seguido, vacía de un trago su copa y es imitado en seguida por el presidente francés y los restantes invitados.

Un segundo brindis, promovido esta vez por el mariscal Bulganin, da a Vincent Auriol la ocasión que parece acechar. Cogiendo el brazo de su encantadora intérprete rubia, lanza, ante nuestra más absoluta sorpresa, un conmovedor llamamiento en nuestro favor. Desde su llegada a Moscú, lo hemos oído más de una vez alabar ante sus interlocutores los méritos de nuestro proyecto de reportaje. Era como si el asunto de los prisioneros franceses de la segunda guerra mundial todavía deteni-

(1) «¡Salud!»

dos en Rusia, el de los armenios originarios de Marsella retenidos contra su voluntad, y tantos otros litigios francorrusos que había previsto abordar con sus anfitriones hubieran pasado a ser menos importantes que convencer a los rusos de que nos autorizaran a recorrer en coche su país con la familia.

—¿Saben, queridos camaradas, cómo quieren pasar estos jóvenes intrépidos sus próximas vacaciones? —exclama, señalándonos, uno tras otro, a Jean-Pierre y a mí—. Quieren recorrer su país en coche con sus esposas para realizar un retrato de la URSS actual.

Silencio sepulcral. Los rostros se han petrificado súbitamente. Jruschov se enjuga el cráneo con fuerza con el pañuelo. Bulganin se alisa nerviosamente la perilla. Molótov se limpia los anteojos. Gromiko carraspea. El mariscal Voroshílov se aclara la garganta. Nikolái Regov, el secretario del Presidium del Soviet Supremo, se frota la nuca. Anastase Mikoyan, el todopoderoso ministro de Economía, aplasta los pelos de su fino bigote negro. ¡Qué situación tan sorprendente! El gobierno de la URSS de repente paralizado por las locas ambiciones de dos jóvenes periodistas occidentales. El malestar dura varios segundos. Después, de repente, estalla la risotada de Jruschov. El primer secretario, burlón, exclama:

—¡Es una pésima idea, camarada presidente! Nuestras carreteras son tan execrables que las esposas de sus protegidos pedirán el divorcio al cabo de quince días.

La fiesta puede reanudarse. La ocurrencia ha distendido de golpe la atmósfera. La puerta del Telón de Acero no se abrirá. Con una pirueta acogida con risas, Nikita

Jruschov ha enterrado nuestros sueños de aventuras por las carreteras de su país.

Dos días después, desde la pasarela del avión especial con estrellas rojas que va a conducirlo a París, el ex presidente francés nos hace calurosas señales de despedida. En el estrépito de los motores, distingo algunas palabras: —¡Tengan confianza! —se desgañita el anciano por encima del ruido del avión—. A pesar de todo, queda una pequeña posibilidad.

¡Una pequeña posibilidad! Si había existido realmente, *Paris Match* la aniquilaría de manera inexorable publicando unos días después de nuestro regreso la sensacional primicia informativa que habíamos traído involuntariamente de nuestra escapada soviética con los Auriol. La gente acababa de enterarse, con estupefacción, de que el 8 de marzo se habían producido varias manifestaciones en Tiflis y en otras ciudades de Georgia, tierra natal de Stalin, para condenar la requisitoria del XX Congreso contra el ex padre del pueblo. Por una extraordinaria coincidencia, los Auriol se encontraban en Tiflis aquella mañana. Los habíamos fotografiado admirando la población, que parecía muy tranquila desde lo alto de un mirador suspendido en las primeras pendientes del Cáucaso. Nuestro avión había abandonado la ciudad hacia las 9 en dirección a Moscú. En la carretera del aeródromo, nos habíamos cruzado con carros y camio-

nes cargados de soldados, que seguramente no imaginarían que iban a aplastar la rebelión de los georgianos contra el nuevo jefe de la URSS. Una hora después, Tiflis estaba incomunicada del resto del universo. Nuestras fotos adquirirían retrospectivamente el valor de un testimonio histórico. En su número del sábado 24 de marzo de 1956, *Paris Match* acogió de manera grandiosa esta «hazaña» fortuita titulando a doble página: «En la estalinista Tiflis, la mañana de los disturbios, reportaje de nuestros enviados especiales con el presidente Auriol, Dominique Lapierre y Jean-Pierre Pedrazzini.»

Imaginaba sin esfuerzo el mal humor que provocaría sin duda en Moscú tanto bombo mediático sobre un asunto que los soviéticos habían tratado de ocultar por todos los medios. Sabía que esta vez podíamos despedirnos de nuestro sueño de recorrer libremente la URSS en coche. El verano estaba cerca, y con él, las vacaciones más largas. ¡Buenos días, Córcega! ¡Buenos días, vaqueros del Oeste americano!